

[www.elboomeran.com](http://www.elboomeran.com)

Javier Montes

# La vida de hotel



EDITORIAL ANAGRAMA

BARCELONA

*Diseño de la colección:* Julio Vivas y Estudio A  
*Ilustración:* «Sin título», Providence, Rhode Island, 1976,  
foto © Francesca Woodman, cortesía de George y Betty Woodman

*Primera edición:* febrero 2012

© Javier Montes, 2012  
© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2012  
Pedró de la Creu, 58  
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7236-1  
Depósito Legal: B. 62-2012

Printed in Spain

Reinbook Impres, sl, Múrcia, 36  
08830 Sant Boi de Llobregat

*A Vicente Molina Foix*

¡Qué mal descanso!; ¡qué multitud de serpientes de diferentes maneras!; ¡qué temeroso lugar!; ¡qué desventurado hospedaje! Pues para una mala noche una mala posada se sufre mal (...), pues posada de para siempre, para sin fin, ¿qué pensáis sentirá aquella triste alma?

TERESA DE ÁVILA,  
*Camino de perfección*, cap. 40, 9

He traído sólo una maleta ligera. Pero habrían podido ser más y más pesadas, porque el viaje fue corto. Ocho manzanas: novecientos noventa y dos metros, según el ticket electrónico del taxi. Me llevó veinte minutos por culpa del atasco. Nadie me despidió ni cerró tras de mí la puerta de casa, nadie me acompañó o mucho menos siguió mis pasos. Sí me esperaban, en cambio, a la llegada: reservado a mi nombre el cuarto donde iba a pasar la noche.

Vivo tan cerca del hotel que hubiera tardado menos andando. Si paré un taxi fue para empezar con buen pie el viaje. No por corto dejaba de serlo, y quería tomármelo en serio desde el principio. Siempre me he tomado en serio mi trabajo y mis viajes: al fin y al cabo son casi la misma cosa.

O quizá se trataba de lo contrario: de saber jugar también, cuando toca. Me he pasado media vida de hotel en hotel, pero hasta hoy no había dormido nunca en uno de mi propia ciudad. Por eso acabé aceptando cuando llamaron del periódico y me propusieron el Imperial. A todos, creo, nos sorprendió que lo hiciese.

—Han acabado la reforma, mandaron el otro día el dossier.

A la primera dije que no. Saben que nunca escribo sobre hoteles nuevos.

—Pero éste no es nuevo. Es el Imperial de toda la vida. Sólo le han lavado la cara.

No me gustan los hoteles nuevos: el olor a pintura, los hilos musicales. Y de los renovados desconfío. Con la cara lavada pierden la solera que en los antiguos hace las veces de sentido común y aun de sentimiento; o por lo menos, de buena memoria. No sé si soy yo muy sentimental, pero sí que tengo buena memoria. Ya voy viendo que a partir de una edad las dos cosas empiezan a ser lo mismo, y seguramente por eso prefiero los hoteles que saben recordar.

Hace mucho que cerré mi trato y puse mis condiciones en el periódico. Yo elijo el hotel semanal. Ellos pagan. Caros o baratos, lejos o cerca, famosos o secretos, una noche en principio pero a veces dos. Sin escatimar (ya escatiman bastante en mi tarifa) y sin sugerirme nunca nada. No acepto invitaciones a cambio de reseñas.

Ni aunque sea mala, como me preguntó una vez por teléfono un relaciones públicas novato o listísimo.

Eso se sabe en el mundillo, pero aun así llegan muchas a mi nombre a la redacción (les tengo prohibido dar mis señas). Por si cuela, supongo, por si llega el día en que me ablando y acabo yendo y allá en el hotel me miman y me instalan bien en un cuarto bueno y lleno con elogios una página que enmarcarán y colgarán en Recepción o en su web, que les traerá el dinero de los clientes y que aunque no lo traiga o no lo necesiten les dará cosas que valen tanto o más que el dinero a veces: la sanción de la estima del gremio, el calor de la vanidad satisfecha, la certidumbre del buen camino hotelero.

Porque debo decir que mi sección sigue teniendo éxito. Y aunque en el periódico no lo dicen mucho para que no

me crezca sé que hay cola de hoteles, líneas aéreas y agencias para meter un faldón de anuncio en *La vida de hotel*. Un éxito relativo, claro, como es ya cualquier éxito de periódico y de papel. Cada poco alguien me anima a abrir un blog con mis reseñas. Hasta a los del periódico se les escapa a veces. Igual es tirar piedras contra nuestro tejado, dicen, pero si abres un blog y metes publicidad y buscas un patrocinador, te forras.

Yo creo que ya será menos.

—Y además, tú vives al lado, ¿no? Sólo tendrías que acercarte una tarde un par de horas para ver cómo lo han dejado.

Volví a decir que no. También saben que no escribo sobre hoteles en los que no haya dormido. Sería como hacer la crítica gastronómica de un restaurante después de oler los platos que van sacando (claro que mi vecino de página en el periódico escribe así, a veces, sus reseñas de *A mesa puesta*: sólo por el olor ya sé al sentarme a la mesa qué se cuece en las cocinas, me dijo la única vez que coincidimos en una de las pesadísimas cenas anuales de empresa a las que hace tiempo que dejé de ir. No me cayó bien y fue mutuo, supongo).

—Bueno, que no sea por eso. Siempre puedes pasar allí la noche.

Quizá era broma pero lo tomé yo en serio. Dormir en un cuarto de hotel con ventanas desde las que casi, como quien dice, podría ver las de mi piso y mi habitación vacíos. No me disgustó la idea, y a lo mejor por una noche me hacía bien la novedad. Me he ido cansando con los años, y son ya muchos en el mismo oficio. Que yo elegí, es verdad. Y que hago, creo, razonablemente bien y hasta mejor que nadie, si debo fiarme de lo que me escribe algún lector por mail y hasta por carta de las de antes, de papel y pluma, sobre y sello, reenviada también desde el periódico.

Las cartas llegan abiertas. Parece que es por seguridad, y pone *Seguridad* en el sello azul que alguien estampa aparatosamente en el centro del sobre rasgado. Exageran, creo: soy áspero a veces, pero no tanto como para merecer paquetes bomba. Está bien igual que las abran y hasta que las lean, si las leen: así ven en la redacción que aún tengo mi público.

Por otra parte, no tiene tanto mérito hacer mejor que nadie este trabajo para el que casi no hay competencia. No quedamos ya muchos críticos de hoteles, por lo menos en los periódicos. Internet es otra historia, ahí todo el mundo quiere colgar su opinión y desmenuzar su peripecia y hasta redactar cosas con ínfulas de reseña (algunos, creo, me copian los adjetivos). No está mal eso, supongo. Y no están bien las reseñas, por otro lado: casi siempre mal vistas, mal pensadas, mal escritas, por mala gente. O al menos por gente rara: me gusta mi trabajo pero no lo haría gratis.

Acabé cediendo. Con eso debían de haber contado los del Imperial al probar suerte. Se alegraron mucho los del periódico, algún arreglo de publicidad tendrán. Hicieron, como siempre, la reserva a mi nombre. Al de verdad, también como siempre, no al seudónimo que uso en mi página. El apellido del carné despista al gerente y al recepcionista más avisado y me permite estar en los hoteles como un cliente más. Por eso tampoco he dejado que pongan mi foto junto a mi firma, ni voy nunca a convenciones o encuentros de colegas. No es un sacrificio: por lo que recuerdo, resultan tan insípidos como las críticas que publican. La falta de cara conocida me hace el trabajo más fácil y, para qué negarlo, más divertido. Así tiene algo de agente doble o espía infiltrado. De doble agente doble, porque nadie es nunca quien dice ser en los hoteles y cualquiera aprovecha la estancia para jugar sin darse cuenta a los detectives.

Después de tantos años de usarlo sólo al registrarme, el



nombre de verdad me parece más falso que el falso: aparte de los del periódico, poca gente lo conoce, y menos aún –yo creo que ya nadie, en realidad– lo usa.

A las doce del mediodía en punto, justo al parar el taxi, ha empezado a llover. Yo iba a cuerpo y sin paraguas. Debía de ser el único que no lo esperaba, porque en un minuto ha fraguado en la calle un tráfico de diluvio. No me ha importado. En realidad hubiese agradecido que el trayecto se alargase, aunque pagaba yo y no el periódico (soy escrupuloso en eso).

A estas alturas, las de taxi son las únicas carreras que me gustan y en las que todavía creo. Por lo demás, no llegué a licenciarme en la mía y en general hace bastante que dejé de creer que participaba en una. No hice, creo, una mala salida. Pero acabé perdiendo de vista a los otros corredores: esos que uno al principio tiene tan presentes, cuando a los veintitantos, a los treinta, mira por el rabillo del ojo a quienes van detrás y tratan de adelantarlo (o eso piensa uno), calcula la distancia que le sacan los que van en cabeza, reserva energías e imagina atajos para el sprint final.

Pero no hay sprints que valgan, creo; y menos de los finales. En realidad hace mucho que dejé de correr. No vale la pena correr. Basta con caminar al paso que más se acomode a los pies de uno y se acaba llegando a donde se iba a llegar en cualquier caso. O quedarse quieto: últimamente me da la impresión de que son las cosas las que andan. Sólo hay que esperar sentado: no fallan, porque nada falla nunca y todo sucede.

Por lo menos se sucedía todo (y por su orden) tras las ventanillas del taxi: las calles archisabidas, los portales en fila

india, el golpe de luz traidor a la vuelta de tal esquina. Incluso parados en el atasco seguía todo pasando, como en los taxis blancos y negros de las películas de gánsters: el interior de los coches quieto, firme como una casa en la que podría vivir uno para siempre pese a las sacudidas de mentirijillas que dan fuera los ayudantes más forzudos del rodaje. Y los actores sobre el fondo de pantalla en el que se proyectan farolas mojadas y aceras borrosas y sombras antiguas de peatones. Por suerte de noche conducían siempre con las luces de dentro encendidas. Y no costaba verle el truco al paisaje en aquellas películas. Estaban todavía tan seguras de sí que quizá lo dejaban adivinar a propósito. Giraba el volante el conductor sin que se apreciara la curva en la perspectiva del fondo; o se limitaba ese fondo a vibrar y agitarse y dejarse surcar por haces de claridad tras las ventanillas recortadas. Como si se hubiese cansado de fingir el responsable de los efectos especiales.

También en los dibujos animados que precedían de niño a las películas de mayores pasaba algo así: corría y corría el oso parlanchín o el gato con sombrero. Y por detrás, velocísimo, se sucedía un juego de árboles y edificios repetidos. Para ahorrar, porque así bastaba con un solo fondo para una sola figura, pies en polvorosa. Sin moverse nada ni nadie nunca en realidad durante aquellas escenas trepidantes. Descubrí muy pronto, de pequeño, el truco aquel de los bucles: antes incluso de encontrarles una explicación ya era un experto en detectarlos.

De camino al hotel se me ha ocurrido que estaba huyendo en aquel taxi innecesario. O jugando a huir, como los policías y los gánsters de mentira. Porque si no es con la idea de dar esquinazo a alguien, nadie se sube a un coche sin equipaje para alojarse en un hotel a diez manzanas. Y si lo hace y realmente alguien le sigue, resultará sospechoso.

Dará la impresión de que intenta borrar pistas, como hacían y hacen aún hoy en las películas antiguas.

Pero nadie iba a seguirme a mí ni a decir *siguete a ese taxi*. Ni siquiera ha extrañado al conductor lo corto de la carrera, de camino al hotel, en aquel coche que también me ha parecido cuarto de hotel donde parar por una noche e imaginar que uno se esconde de sus perseguidores.

Todo inventado, claro. Si no fuera por las noticias que voy mandando al periódico desde los hoteles, hace ya bastante que se me habría perdido la pista.

Las doce y veinte de la mañana de un martes tonto de octubre: estaba aburrido el portero que no abrió la portezuela del taxi ni cogió el maletín pero sí me acompañó hasta la puerta giratoria con un paraguas inmenso. Más decorativo que otra cosa bajo la marquesina de grandes pretensiones: servía como mucho de batuta para dar el tono al resto del hotel.

Y estaban aburridos en el vestíbulo desierto los dos recepcionistas, y en general se aburría el hotel entero en esa mala hora de los vestíbulos de hotel: cuando nadie sano o en su sano juicio está en su habitación, cuando es tarde para marcharse y pronto para registrarse y muda la marea de huéspedes idos y por venir.

De cerca parecían muy jóvenes y no muy contentos de verme. Quizá lo último que habían esperado nunca de aquel trabajo era verse obligados a registrar a un cliente. Los dos a una se abismaron en la pantalla de reservas. A su edad la displicencia y el desconcierto se distinguen mal.

Desde niño no había entrado en el Imperial. He pasado de largo muchas veces ante la fachada rimbombante, a juego con el nombre, y he visto desde muchas terrazas sus dos

torres de esquina. Siguen teniendo un aire advenedizo, pero ya llevan cien años ayudando a localizar el centro y a orientarse al forastero que mira la ciudad de lejos (y sabe dónde mirar). Se construyeron con pretensión de faros del cosmopolitismo patrio y se quedaron sin remedio rancias desde el principio. Tanto como el hotel, que tuvo sus tertulias taurinas y aires de casino comarcal, con mucho ir y venir a la hora del aperitivo pero donde nunca nadie parecía alojarse.

El silencio mortal del vestíbulo estaba hecho de muchos ruidos: vasos entrechocando lejos, galope de aspiradoras en la otra punta del mundo. Y sí, un hilo musical sinuoso, tenue, tecno. Reptaba entre las patas de los muebles antes de enroscarse en los tobillos para entrar por un oído y salir por el otro. Casaba con la nueva decoración, de firma y tan traída y tan llevada en los dossiers reenviados del periódico que no sé aún si me ha gustado. Seguramente no lo sepa nunca, porque de eso se trata en estos casos: de que nunca importe mucho, la verdad, acabar de saberlo.

Dicen que los antiguos dueños vendieron todo por casi nada. Aun así ha faltado dinero para la reforma. En los folletos que leí florecían los clichés del género: refugios para el nómada experimentado, bases de operaciones para el viajero global. Jerga de superhéroes que al final se queda en lámparas aparatosas de luz escasa. Pero suficiente para adivinar que las butacas y las alfombras del lobby resultarán menos buenas al tacto que a la vista. Han desaparecido las flores de cera bajo campanas de cristal que al entrar he recordado confusamente —no, no confusamente: vívidas como en una pesadilla dentro del recuerdo general borroso—. Pero han escatimado en las naturales y derrochado ambientador sin éxito: todavía vaga por el vestíbulo, a pleno día, el fantasma de los puros taurinos.

También el de los toros, porque en la pared tras el mos-

trador sí que han dejado, como en broma, las cabezas dise-  
cadas de los que antiguamente lucían más bravos. Un So-  
brero, un Embajador y un Navegante que lo miran todo  
ahora estupefactos. Por un momento me ha parecido reco-  
nocerles las caras. O han brillado sus ojitos de cristal al re-  
conocerme a mí. Casi me he visto de niño y de la mano de  
alguien, rodeado de adultos que hablan sin saber despedir-  
se, mirando las mismas cabezotas en el viejo vestíbulo, con  
sus lenguas púdicas escapando del relleno de pacotilla. No  
sé si es un recuerdo inventado o si sentí entonces, como hace  
un rato, el mismo impulso de solidaridad.

Otro hotel que hace las veces de maqueta o mascota del  
país entero, de mansión de muñecas y versión a escala de la  
casa de verdad que la exhibe con mal gusto en el salón prin-  
cipal o deja que críe polvo en el desván. Este Imperial ha  
diluido su tipismo acre, cambiado con mucho trabajo unas  
asperezas por otras y al final adquirido un precario *comfort*  
con alfileres. Sigue luciendo un tino errático a la hora de  
disfrutarlo.

Y de ofrecerlo. Se han eternizado los cuchicheos y los  
tecleos de los recepcionistas. He pensado en sacar este cua-  
dernito, que no suele fallar como último recurso: tomar  
notas siempre atrae la atención del personal. Por fin la má-  
quina ha escupido la tarjeta magnética de mi cuarto. No  
han hecho además de llamar a alguien para subir mi male-  
tín, y juraría que también la tarjeta me la han tendido los  
dos a la vez. Pero ha debido de ser culpa de la sonrisa doble,  
que me ha desconcertado.

El pasillo de mi piso estaba desierto y silencioso, como  
si fueran las cinco de la mañana. O como si fuera en realidad  
la hora justa que era, porque a las cinco de la mañana hay a

veces mucho ruido en los hoteles. Ni un empleado, ni un huésped. Lo único que casi se oía era el olor a moqueta nueva apelmazando el aire. He llegado a mi puerta y me ha costado encontrar la forma de meter la tarjeta magnética en la ranura junto al pomo. Por fin ha parpadeado una lucecita roja antes de volverse verde. La puerta ha bufado y se ha abierto sola, de mala gana, un par de centímetros. Detrás había un espacio en penumbra: uno de esos distribuidores de cuarto de hotel que sirven de tierra de nadie y aportan el lujo de un metro cuadrado sin muebles ni nombre ni otra función que la de aislar en teoría la alcoba del ruido del pasillo.

A mi izquierda la puerta casi cerrada del dormitorio dejaba entrar la claridad necesaria para ver enfrente el cuarto de baño abierto de par en par. Goteaba un grifo brillante en la oscuridad. Antes de cerrar la puerta del pasillo he oído una voz adentro. Me ha paralizado un instinto de ladrón sorprendido que ni sabía que tenía ni venía en realidad al caso. Algo se ha movido a mi izquierda, sobre el espejo de cuerpo entero del vestíbulo. En él sí podía distinguirse el interior del cuarto que me ocultaba la puerta entornada. Se reflejaba una cama de matrimonio con una colcha beige, a juego con la luz gris de una ventana que no alcanzaba a ver.

En el borde de la cama, hacia la cabecera, estaba sentada una chica. Guapa a pesar de un maquillaje insensato. Me ha parecido muy joven. Sólo llevaba sujetador y bragas. El pelo y la piel eran del color de la colcha. Tenía las manos sobre el regazo y se las miraba con cara de aburrimiento. Hinchaba un poco las mejillas, daba pataditas sobre la moqueta, suspiraba de desdén: exageraba los signos del tedio como el niño que no se aburre.

Por el rabillo del ojo seguía algo que pasaba en el extremo de la cama que no reflejaba el espejo. No estaba sola.